

Virgen Maria, hé ahí las dos importantes consecuencias que es preciso sacar, á saber: que Maria há sido establecido por Dios para ser, bajo la ley de gracia, la dispensadora de sus dones, y que es á ella, por consiguiente, que debemos dirigirnos para obtener aquellos de que tengámos necesidad. Agradecemos á Dios, cristianos, el haberse elegido una administradora de sus tesoros tan propia para inspirarnos confianza. Si fuera preciso dirigirnos directamente á Dios, muy frecuentemente renunciaríamos á ello, por el temor de comparecer delante de él, despues de haberle tantas veces y tan gravemente ofendido. Pero, quién de nosotros podria temer dirigirse á Maria, que es nuestra hermana por su naturaleza, y nuestra madre espiritual por su vocacion? Felicitémosla por la eleccion de que há sido el objeto, y de la cuál se há hecho digna por la fidelidad con la cuál debia cóoperar á la gracia, fidelidad que era conocida de Dios, desde la eternidad.

Por ultimo, usémos del poder que há sido puesto en sus manos, puesto que le há sido dado precisamente para que recurramos á él, yá con frecuencia yá con confianza. Dirigiendonos á ella en todas nuestras necesidades, responderémos á las misericordiosas intenciones de Dios sobre nosotros, honrarémos á Maria misma por la confianza que mostraremos tener en su poder y en su tierno afecto por nosotros, y, por ultimo, nos aseguraremos nuestra salvacion eterna. Así sea.

FESTIVIDAD DE LA VISITACION DE LA B. V. MARIA

TERCERA INSTRUCCION

Maria ensalzada por Isabel.

I. — Ensalzada en si misma. — II. Ensalzada en su Hijo.

Yendo á visitar á su prima Isabel, la Santísima Virgen lleva, tanto en si cómo en su hijo todavia encerrado en su seno, gracias

infinitamente preciosas. A San Juan, Maria le lleva sobre todo, una gracia de justificacion y de santificacion. A Santa Isabel, Maria lleva la principalmente una gracia de perfeccion en todas las virtudes de que estaba yá adornada. Pero Isabel no se muestra ingrata con su augusta y caritativa pariente. Le testimonia su reconocimiento ensalzandola y ensalzandola en su Hijo. Pues es de esta doble alabanza que quiero hacer el asunto de nuestra platica de esta mañana. Nosotros que, cómo Isabel, hémos recibido tantas gracias por intercesion de Maria, aprendámos aqui á serle reconocidos cómo ella.

I. — *Santa Isabel ensalsa á Maria en si misma.* — A la voz de Maria, saludando á Isabel cuándo se presentó en el umbral de su casa, esta sintió al instante á su hijo, que debia ser san Juan, estremecerse de gozo en su seno, y ella se sintió llena de pronto del Espíritu Santo y de sus luces. Y viendo subitamente lo que habia pasado en Maria, convertida en Madre del Verbo encarnado, y lo que acontecia á su propio hijo, libertado del pecado original, y en ella misma, y descubriendo ademas en el porvenir todos los misterios relativos á la redencion proxima del genero humano, exclamó: *Bendita tu eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre* ¹!

1. *Bendita tu eres entre todas las mujeres.* Estas palabras, yá tan justas en la boca del mensajero divino, parecen más plenamente justificadas todavia, cuándo salen de la boca de Isabel. En este momento, en efecto, Maria no era yá solamente la Virgen inmaculada digna de todos los favores del cielo: era la Virgen Madre llevando en sus entrañas, cómo en un tabernaculo vivo, Aquel que los cielos no podria contener. Sus grandezas no son yá, cómo para el angel, sencillos destinos, grandezas presuntivas: son grandezas realizadas; y qué grandezas!... La humilde Virgen de Judá es realmente y para siempre la *Madre de Dios*, y en adelante la tierra no podrá adorar á Dios sin doblarse ante Maria. Más justamente todavia que el angel, Isabel podia decirle: *Bendita tu eres entre todas las mujeres: Benedicta tu inter mulieres.* Sino que tambien del pensamiento de las grandezas de Maria, Isabel

Bendita tu eres entre todas las mujeres! Esta alabanza habia ya sido dirigida á la Santísima Virgen por el arcángel Gabriel, cuando

debía naturalmente elevarse al pensamiento de las grandezas de Aquel que era el origen y el principio de ellas. Y hé aquí, en efecto, despues de haber glorificado á la Madre, se apresura á glorificar al Hijo diciendo: *Y bendito es el fruto de tu vientre!* Este es el primer tributo de homenaje, el primer acento de reconocimiento y de amor que se levantaba de la tierra hacia el cielo á la gloria de Jesus, y era muy justo que saliése de una boca semejante y en un momento tán oportuno, en que principiaba la obra de misericordia y de regeneración del niño Salvador; en este momento, acababa de ser arrojado en el alma del primer predestinado de la nueva ley el primer germen de gracia y salvacion que iba á desenvolverse en frutos prodigiosos de celo y de santidad, y ser la aparicion de este arbol inmenso, que, desde las orillas del Jordan, debía extenderse á través la Judea, por toda la tierra, y cobijar las almas de todos los pueblos y de todos los siglos. Y era muy conveniente que el primer acento de glorificación de semejante obra partiése de la boca de Isabel; porque, segun la advertencia de los Santos Doctores, Isabel no era más que el organo de su hijo: era el espíritu de Juan que hablaba por su boca. Y á quién podia convenir mejor preconizar desde entonces el nacimiento del Salvador, que al que estaba destinado ser muy pronto el angel precursor de su misión apostolica? El Espíritu que toma hoy el organo de la madre para esclamar: *Bendito es el fruto de tu vientre!* es el mismo que tomará el organo del hijo para esclamar en las orillas del Jordan: *Hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí el que quitará el pecado del mundo!* Oh! santo precursor. Oh! Isabel, oh! santas primicias de las conquistas de la gracia, bendecid, en efecto, bendecid en nombre de todos Aquel que viene á inaugurar en vosotros la obra de inmensa misericordia que debe salvarnos á todos! Bendecidle cómo don supremo del cielo, pero también cómo fruto sagrado de la tierra. Porque, al mismo tiempo, que trae, cómo *Verbo*, todos los elementos, todos los tesoros divinos que forman la gloria del cielo, viene á tomar también en la tierra, en el seño virginal de Maria, los elementos humanos que deben servir de instrumento para su misericordia y para nuestra salvacion. Son estos elementos de la carne y de la sangre de Adán, pero ya purificados en

habia venido á anunciarle que habia sido elegida para ser la Madre del Redentor. Esta semejanza prueba que há sido inspirada á Isabel por el Espíritu Santo, como habia sido dictada al arcángel Gabriel por Dios. En su esencia como en su forma, esta alabanza es, pues, divina. Cuál no es la audacia de los heréjes, — para decirlo de pasada, — cuando pretenden que no se debe honrar á Maria, y que es mancharse de idolatria tributarle un culto de respeto! El Evangelio nos muestra á Isabel, al arcángel Gabriel y al mismo Dios, por su organo, honrando á Maria, y seria esto ser idolatras imitandoles? En verdad, el demonio solo há podido inspirar á los novadores semejante doctrina, y es preciso á sus sectarios una profundísima ceguedad para recibirla y profesarla.

Bendita tu eres entre todas las mujeres. Esta alabanza, digamos lo, es completamente divina: es por eso, pues, también verdadera, y nada es más fácil como probarlo con los hechos.

Vémos en la Santa Escritura que muchas mujeres han sido especialmente benditas; pero ninguna lo há sido al igual de Maria.

Eva, la primera mujer, há sido muy especialmente bendita, y su bendicion le há valido la gloria de ser la madre del genero humano. Pero cuánto no sobrepuja y excede la bendicion de Maria á la de Eva! Esta, acabamos de decirlo, es la madre del genero humano; pero Maria, siendo la Madre de Jesus, es, al mismo tiempo, la madre del pueblo de los elegidos, puesto que no hay santo alguno en el cielo que no sea su hijo, por este hecho de que no hay ninguno que no sea hermano de Jesucristo. Y tanto sobrepuja la obra de la redencion á la de la creación, cuánto la gloria y la bendicion Maria exceden á la bendicion y gloria de Eva.

Maria, despues divinizados en Jesucristo, que deben pagar nuestro rescate en la cruz, regénerar nuestras almas en los sacramentos y llevar hasta en nuestros cuerpos estos germenés de inmortalidad que deben transformarlos un dia en cuerpos gloriosos é impasibles. Si, bendito sea para siempre este fruto sagrado de las entrañas de Maria. (Roulin, *el mes de Maria, del Angel*, 20 dia.)

Sara há sido bendita, y el fruto de su bendicion há sido su hijo Isaác. Pero, qué era Isaác al lado de Jesus? El hijo de Sara no há sido más que la figura del Hijo de Maria, el cual há sido el deseado, no de una familia solamente, sino de todas las naciones, como el Padre y el Señor de los reyes y de los pueblos, el depositario de las promesas de Dios, aquel con quién la Magestad divina háse dignado hacer un pacto eterno.

Rebecca há sido tambien bendita, y há dado á luz á Jacob. Pero Jacob no há combatido más que contra un angel, y el Hijo de Maria há combatido y há prevalecido, por su pasion y su muerte, contra Dios mismo, cuya justicia há desarmado y apaciguado la colera, al propio tiempo que obtenia de su misericordia, para todos los que créerán en él, un manantial inagotable de gracias y de beneficios.

Raquel há sido bendita, pero su hijo José no há sido el salvador más que de un pueblo; Maria hé sido la madre de un José que, por el contrario, há salvado á todos los hombres, y no de un hambre pasajera, sino de la muerte eterna.

La madre de Moises há sido extraordinariamente bendita, y no obstante su hijo, despues de haber necesitado sér salvado, no há sido más que el ministro de la ley; el hijo de Maria no tendrá necesidad de sér salvado por nadie, es él, por el contrario, quien salvará á todos los hombres, y la ley que él dará será su ley, y esta no será remplazada por ninguna otra, sino que durará eternamente.

Isabel, por ultimo, para no citar una multitud de madres de profetas y de reyes, Isabel há sido bendita de una manera singularmente especial, puesto que un angel há sido enviado á Zacarias para anunciar el hijo que debia dar al mundo, y cuya vida, mision y obras debian ser tñ maravillosas. Pero, el hijo de Isabel no há dicho él mismo que no era digno de desatar el calzado del Hijo de Maria? ¹. El hijo de Isabel no debia sér, en efecto, más que *grande delante del Señor* ²; mientras que el Hijo de Maria era el mismo

1. Luc. iii, 16. — 2. Luc. i, 45.

Señor. En resumen, tñ grande y tñ santo como fuése el hijo de Isabel, no debia, no obstante, ser más que el ministro, el precursor y el sencillo servidor del Hijo de Maria.

Ninguna mujer fué bendita al igual de Maria. Mucho mejor, que todas las mujeres las más benditas pongan juntamente todas sus bendiciones, y estas bendiciones reunidas no tendrán todavia nada de comparable con las bendiciones de que Maria há sido objeto. Porque las bendiciones acordadas á las demás mujeres son finitas; mientras que las bendiciones concedidas á Maria, y que se reasumen en su divino Hijo, son infinitas.

Si Maria há sido más bendita por Dios que todas las mujeres de la Escritura que han recibido mayores bendiciones, con más poderosa razon há sido más bendita que las demás mujeres, que recibieron menos. De dónde se sigue que es cierta en toda su extension, esta alabanza dirigida por Isabel á Maria: *Tu eres bendita entre todas las mujeres*. Si, santísima y para siempre amable Virgen, eres bendita entre todas las mujeres, el Espiritu Santo nos lo há revelado por mediacion del arcangel Gabriel de Isabel, la comparacion de tus bendiciones con las de todas las santas mujeres de la Escritura nos lo prueba, y nosotros lo créemos ¹.

1. *Benedicta tu inter mulieres*. Nulla enim unquam tantæ fuit gratiæ particeps, aut esse poterat: unius enim divini germinis parens est unica (Orig. ap. S. Th. *Cat. aur.* in Luc. i). — Eadem voce ab Elisabeth, qua a Gabriele benedicatur, quatenus et angelis et hominibus veneranda monstretur (Berd. loc. cit.). — Quia vero aliæ sanctæ mulieres fuerunt, quæ tamen genuerunt filios peccato inquinatos, subjungit: *Et benedictus fructus ventris tui*. Vel aliter intelligitur: dixerat: *Benedicta tu inter mulieres*: deinde, quasi interrogante aliquo quare, subjungit causam: *Et benedictus fructus*, etc., sicut dicitur in Ps. cxvii: *Benedictus qui venit in nomine Domini. Deus Dominus, et illuxit nobis*. Consuevit enim sacra Scriptura, et pro quia recipere (Theoph. loc. cit.). Más que todas las reinas y princesas de la tierra, más que todas las héroinas de la virtud y de la gloria, Maria há merecido ser para siémpre bendita de la tierra y de los cielos: de la tierra que há sal-

Bendita tu eres entre todas las mujeres. Nosotros lo creemos. Pero que nuestra fé, cristianos, no se contente con ser una fé fria é insensible. Maria es bendita entre todas las mujeres: felicitémosla por este privilegio, y alegrémosnos de lo que le há sido acordado, puesto que ella há debido merecerlo de alguna manera. Pero alegrémosnos tambien por nosotros mismos; porque si Maria es bendita entre todas las mujeres, no es para ella sola; sino tambien para todos nosotros, es decir, con el objeto de que nos haga partícipes de la abundancia de sus bendiciones; como no es para ellos solos que él dá á los ricos las riquezas, sino para que las re-

vado, de los cielos que há glorificado; y es por esto, sin duda, que esta palabra de bendicion que el angel le dirige ahora de parte del cielo, Isabel se la repetirá muy pronto de parte de los hijos de la tierra: *Benedicta tu inter mulieres.* 1. Luc. 1, 42. Y Maria le responderá profetizandole la brillante realizacion de este doble voto del cielo y de la tierra: Si, todas las generaciones me proclamarán bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes.* — Y este cumplimiento no se hizo esperar: el la misma pudo oír esta palabra, preludio de la gran esclamacion del mundo cristiano, salir del seno de la multitud suspendida de los labios de su divino Hijo: *Dichas las entrañas que os han llevado, y el pecho que os ha alimentado!* — Muy pronto otras generaciones siguieron trayendo cada una el tributo de un nuevo homenaje, sea proclamando alguno de sus más bellos privilegios, sea aumentando el numero de sus fiestas ó la solemnidad de su culto. Y hé aqui que nuestra generacion há venido á su vez y há levantado la voz por el organo de su glorioso pontífice Pio IX, para proclamar y fijar para siempre la fé del mundo catolico sobre su privilegio, el más querido quizás á su corazon virginal y el más estimado de las almas puras: el de la Inmaculada Concepcion. — Y vosotros tambien, cristianos, venid á mezclar vuestras voces con las de todas las generaciones y con todos los pueblos, y, al recordaros todos sus titulos de grandeza, estad satisfechos y orgullosos de bendecirla á vuestra vez y de proclamarla, de concierto con los angeles y los hombres, gloriosa y bendita entre todas las mujeres de la tierra y todas las potestades del cielo. (Roulin. *El mes de Maria, del Angel, 9º dia.*)

partan entre los necesitados¹. Digámosla á nuestra vez, despues de Gabriel y de Isabel

Bendita tu eres entre todas las mujeres; y estas palabras, al mostrarla nuestra respetuosa ternura y nuestra alegria por sus privilegios, dilatarán su corazon por nosotros y nos hará colocar en el numero de sus más intimos protegidos².

Sin embargo, no es todavia esta alabanza la que le agrada más. La alabanza á la cual Maria es más sensible, es aquella en la que.

II. — *Isabel la celebra en su Hijo,* — cuando le añade: *Y ben-*

1. Habiendo sido Maria bendita entre todas las mujeres, todas ellas han sido particularment benditas en Maria, como *todas las naciones* en general *han sido benditas en su divino Hijo.* Gen. xxviii, 12. Esto es una advertencia del cardenal Giraud, que añade: « Si, es de esta era para siempre gloriosa, que data vuestra libertad de una tirania brutal, de un égoismo codicioso, de prejuicios y de costumbres barbaras. » Despues recuerda lo que era la condicion de la mujer antes del cristianismo, y lo que es todavia hoy, fuera de las comarcas ilustradas por su divina luz; « allí, amontonadas en un harem cómo un vil rebaño para servir de instrumento á deleites sin amor; en otras partes, condenadas á una viudez eterna despues de la muerte de un esposo, ú obligadas, por un fanatismo tán impio cómo inhumano, á dejarse quemar vivas con su cadaver en la hoguera funeraria. » Pero Maria há aparecido, y el destino de la mujer se há transformado completamente.

2. No nos contentémos con bendecir y glorificar á Maria en el secreto de nuestros corazones, ni en el recinto estrecho del santuario. Puesto que su grandeza y su gloria son vastas cómo el mundo, levantadas cómo los cielos, no temámos, cuando la ocasion se presente, de hacer resplandecer el brillo en el seno de nuestras familias y hasta en medio de las reuniones publicas. Hagámosnos un deber y un honor en mantener elevado el estandarte de nuestra Reina y Madre, enfrente de sus enemigos cómo de sus amigos. Asi nos mostráremos sus servidores y sus hijos, y por consiguiente, dignos hermanos del Hijo que no há cesado de honrarla en la tierra y que no cesa de glorificarla en los cielos. (Roulin, loc. cit.)

*dito es el fruto de tu vientre*¹. Cuál es, en efecto, la madre que no está más lisonjeada por los elogios que se hace de su hijo que por los suyos propios? Porque élogiando al hijo, se hace siempre el elogio de la madre, puesto que el hijo es obra de ella; y su modestia no tiene que sufrir cómo cuando se hace su propio elogio. Además, que cuando se nos elogia, acontece con frecuencia que reconocemos que es con injusticia, cómo cuando se nos alaba por virtudes que sabemos no poseer más que en apariencia; mientras que cuando se hace á una madre el elogio de su hijo, puede creer completamente el bien que se dice de él, no conociendo nunca el fondo del corazón de su hijo. Por último, es cierto que frecuentemente las madres aman más á sus hijos que á ellas mismas, y que son, por consiguiente, más dichosas por el bien que se dice de ellos, que si se digera de ellas. Y tal era, en particular, el caso para Maria, que amaba á su Hijo no solamente por este concepto, como un hijo que tenia de ella solamente su humanidad, puesto que no tenia

1. Fructus autem ventris Dei Genetricis Dominum dixit, quia nequaquam ex viro, sed ex sola Maria processit, nam qui semen sumpserunt a patribus, fructus eorum existunt (ORIGEN. ap. S. Th. *Cat. aur.* in Luc. 1). — In qua parte emergit Eutychie redargutio, dum fructus ventris Christus asseritur: omnis enim fructus est ejusdem nature cum planta; unde et Virginem relinquitur ejusdem fuisse nature cum secundo Adam, qui tollit peccata mundi. Sed et qui phantasticam opinionem de carne Christi confingunt, in vero Dei Genetricis parte erubescant: nam ipse fructus ex ipsa substantia procedit arboris. Ubi sunt etiam dicentes quasi per aqueductum Christum transisse per Virginem? Advertant ex dictis Elisabeth, quam replevit Spiritus, Christum fructum fuisse ventris (EUSEB. loc. cit.). — *Benedictus*, non tantum inter mulieres ut tu; sed absolute præ angelis, hominibus et creaturis omnibus, utpote omnium Creator et Dominus. Porro, cæteri Ævæ filii omnes sunt maledicti, quia ex ea et Adamo contrahunt peccatum originale; solus Christus est benedictus, quia non est filius naturalis Adæ, sed supernaturaliter in Virgine conceptus est ex Spiritu Sancto (CORN. A LAP. *Comm. in Luc.* 1, 42).

padre aquí bajo; sino que le amaba también cómo á su Criador, cómo á su soberano Señor y Dueño, cómo á su Dios y á su Redentor. Por estos diferentes títulos, Maria amaba de tal modo á su Hijo que ninguna lengua humana no podría expresarlo. Como no se podría tampoco decir cuán dulce fué á su corazón esta palabra de su prima Isabel: *Y bendito es el fruto de tu vientre*.

Isabel conocia pues, se decia Maria, el misterio que se há realizado en mí. Dios se lo há revelado. Ella sabe que, por último, el Mesías prometido, la salvacion de Israel, el Deseado de las naciones está á punto de aparecer en este mundo, y que soy yo quién es su madre. Ella sabe esto, y desde ahora proclama bendito el fruto de mis entrañas. Ah! fruto bendito, cómo te amo! Y cómo amo también á esta venerable parienta que me hace tanta justicia bendiciendote! Ah! quién merece sér bendito sinó tu, por todos los beneficios que vienes á traer á los hombres, y de los cuáles no disfrutarán solamente tus contemporáneos, sino todos los que te seguirán hasta el fin de los siglos? Quién merece ser bendito sinó tu, que vienes á enseñarnos á conocer mejor á Dios, y á remplazar la ley del temor por una ley de amor? Quién merece sér bendito sinó tu, que vienes á destruir el reinado del demonio en este mundo, á cerrar el infierno, á abrir el cielo, á dar á todos los que lo querrán el poder de ser hijos de Dios¹, y esto á precio de tu sangre y de tu vida? Ah! bendito Niño, aun cuando todos los hombres te bendigieran cómo te bendice en este momento Isabel, jamás te bendirán tanto cómo tu lo mereces!

Táles eran los pensamientos de Maria al oír á Isabel decirla: *Y bendito es el fruto de tu vientre*. Tal era la alegría profunda que estas palabras la procuraban. Y tal era, por consiguiente, lo hémos dicho, el aumento de ternura, que ellas hacian nacer en Maria por su prima Isabel. Queremos, pues, nosotros también, alegrar deliciosamente el corazón de Maria y aumentar su ternura hacia nosotros? Hagámos cómo Isabel, celebrémosla en su Hijo, es

1. Joan. 1, 12.

decir, bendigámos y glorifiquemos el Hijo divino que há merecido darnos, y cuya gloria recae necesariamente en ella misma. No son los motivos para alabar á Jesus que podrán faltarnos. Séa que considéremos los beneficios que él acuerda á todos los hombres en general, séa que nos detengámos en las gracias y en los favores de los cuáles colma á cada uno de nosotros, en particular, todos los dias de nuestra vida, séa tambien que dirijámos nuestras miradas y nuestras reflexiones sobre los castigos que hiéren á las naciones infiéles así cómo tambien á los individuos culpables, Jesus aparece por todas partes y siempre digno de toda alabanza, de todo honor, de toda bendicion, de toda gloria, por la bondad, la misericordia, la prudencia y la justicia que brillan en todos sus actos.

Pero, cómo celebraremos á Jesus y á Maria en su hijo? Podemos celebrar á Jesus y á Maria en su Hijo, con todas nuestras acciones, con todas nuestras palabras, con todos nuestros pensamientos. Celebraremos á Jesus con todas nuestras acciones, cuándo no hagamos ninguna que no sea digna de él, ninguna que no esté mandada ó inspirada por él. Celebraremos á Jesus con nuestras palabras, cuando no pronunciémos ninguna que no pueda servir para hacerle conocer á los que le ignoran, ó para hacerle temer de los que le insultan y ultrajan. Celebraremos, por ultimo, á Jesus con nuestros pensamientos, cuando sin cesar estén llenos de él, cuándo se complazcan en él, cuándo nos conduzcan á él en el momento que nuestra imaginación ó las cosas de este mundo nos han ocasionado alguna distraccion. Porque, qué de más glorioso para Jesus que el sér así la regla de toda nuestra vida! Los cielos y los astros glorifican á Dios, y la creación toda entera celebra su poder. Pero ése es un homenaje necesario, impuesto. En todas estas criaturas, es Dios quién se ensalza á si mismo, mejor que no es ensalzado. El hombre, por el contrario, puede ofrecer á Dios una alabanza voluntaria y espontanea, y es por esto que Dios está tan deséoso de recibirla de él, aunque no séa de ningun modo necesaria para su felicidad. Pero, porque há creado al hombre precisamente para recibir de él un homenaje libre, siente una satisfaccion cuándo le vé lle-

nar su fin, y, al cumplirle, merecer la dicha eterna que le há sido destinada como recompensa á esta fidelidad¹. — Cuál será, cristianos, la

1. *Et benedictus fructus ventris tui.* Qué sentimientos deben excitar en nosotros estas piadosas consideraciones? Ellos abundan delante del alma atenta para recogerlos. El primero es el de una admiracion siempre creciente por las grandezas de Maria. No es ya solamente en sus privilegios y en sus virtudes que pensamos en adelante medirlos: es en sus frutos, y qué fruto cómo el bendito de sus entrañas! El gran Bossuet llenó un dia á su auditorio de no sé qué sentimiento de grandeza y de admiracion recordando los titulos de una ilustre princesa, « hija, esposa y madre de los más poderosos reyes de la tierra. » Oh! Maria, para concebir un sentimiento más elevado todavia de vuestra grandeza y de vuestra gloria, nos basta recordar cuál fué el fruto de vuestras entrañas y decir con el Evangelista: *Maria, de la cual há nacido Jesus.* — El segundo sentimiento que debe producir en nosotros este gran misterio es el del reconocimiento. Porque este fruto bendito de las entrañas de Maria no fué solamente para ella: fué tambien para nosotros; es el fruto divino destinado á ser, en el más angusto de nuestros sacramentos, el alimento de nuestras almas; al contrario del fruto del arbol de la ciencia del bien y del mal que nos inculó el germen de la muerte, este es aquí el verdadero *fruto de vida* del cuál estamos invitados á sacar la dicha y la inmortalidad; y cuando estamos alimentados por él en la santa comunión, parece que es para nosotros, como para Maria, el *fruto de nuestras entrañas*. Participemos, pues, de su amor como participamos de su dicha, y pidamos los acentos de su reconocimiento repitiendo con ella: *Magnificat anima mea Dominum.* « Mi alma glorifica al Señor, porque há hecho en mí grandes cosas. » — Por ultimo, el efecto que produjeron en la Virgen santa las ultimas palabras de Isabel nos enseña que el medio el más seguro para conmover su corazon maternal es glorificar á su divino Hijo, y que nuestro culto y nuestros homenajes no pueden serla agradables más que en cuánto nos lleven y conduzcan al culto y al amor de Jesus. Jesus solo es nuestro mediador. Maria no es grande y superior á toda criatura más que por el honor incomparable de habernosle dado, y no tiene derecho á nuestra inmensa confianza más que

Conclusion de nuestras reflexiones? No es difícil indicarla.

Acabamos de ver que Isabel, bajo la inspiracion del Espiritu Santo, há celebrado á Maria en si misma y en su hijo, y que por esta doble alabanza se há hecho más querida todavia que no lo era anteriormente de la Santisima Virgen. No tenemos más que imitar á Isabel para hacernos estimar de Maria. Alabémos y felicitémos, por consiguiente, á esta divina Virgen por ser la más maravillosa de las madres y por tener por Hijo al más admirable de los Hijos. Repitémosla con frecuencia, y con todo nuestro corazon, las palabras de Isabel: *Bendita tu eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre*. Sobre todo, honrémosla en su Hijo por una vida verdadera y en todo digna de él, digna de su soberania, de su bondad y de su santidad. Y esta divina Virgen vendrá á visitarnos, á nuestra vez, con las gracias de elección que nos obtendrá, y que nos ayudarán á merecer el ir nosotros mismos á volverla sus visitas en el cielo. Así sea.

FESTIVIDAD DE LA VISITACION DE LA B. V. MARIA.

CUARTA INSTRUCCION.

El cantico Magnificat.

I. Como la Santisima Virgen glorifica al Señor. — II. Como se alegra con él.

La Santisima Virgen, nos dice nuestro Evangelio, habiendo llegado á casa de su prima Isabel, la saludó, y esta, inspirada al instante

por el privilegio de conducirnos más seguramente y de unirnos más estrechamente á él. Vayámos, pues, á Maria con un tierno amor y una invencible confianza, pero siempre para llegar por ella á Jesus y por Jesus á Dios. Esos son los grados por los cuáles la divinidad há bajado del cielo á la tierra: esos son los grados por los cuáles debemos subir de la tierra al cielo. (Roulin. op. cit. 20 dia).

por el Espiritu Santo; se puso á ensalzar sus alabanzas así cómo las del Hijo divino que llevaba en su seno. Pues Maria, hasta entonces, no habia testimoniado más que en el fondo del corazon su reconocimiento á *Aquel que ve lo que hay de más oculto* ¹. Para dar gracias á Dios publicamente por los favores extraordinarios que le habia concedido, hubiera sido preciso que habláse de estas gracias, y su perfectisima humildad le habia aconsejado el silencio. Pero al oír á Isabel, comprendió que Dios mismo habia revelado el misterio que habia realizado en ella, y no pudiendo contener más los sentimientos que desbordaban de su corazon, exclamó: *Mi alma glorifica al Señor, y mi espiritu está contentisimo con Dios, mi Salvador* ².

1. Matth. vi, 4.

2. Et ait Maria: *Magnificat anima mea Dominum*. Apposite ad laudes suas ab Elisabeth celebratas respondet B. Virgo, retorquendo illas ad suum fontem, puta ad Deum. Audi S. Bernardum, serm. in illud Apoc. XII: *Signum magnum apparuit in celo*: sic enim ait: « Magna quidem præconia, sed et devota humilitas, nil sibi passa retinere in eum magis universa refudit, cujus in se beneficia laudabantur. Tu inquit, magnificas matrem Domini, sed magnificat anima mea Dominum. In voce mea filium perhibes exultasse in gaudio, sed exultavit spiritus meus in Deo salutari meo, et ipse quoque tanquam amicus sponsi gaudet ad vocem sponsi. Beatam esse dicis, quæ credidisset, sed credulitatis et beatitudinis causa respectus est supernæ pietatis, ut ex hoc magis beatam me dicant omnes generationes, quia ancillam humilem et exiguam respexit Deus. » — Pergit deinde S. Bernardus ostendere B. Virginem, licet esset humillima, in fide tamen promissionis sibi ab angelo factæ summe fuisse magnanimam, ut ad tantum mysterium non dubitaret se electam, sed veram Dei et hominis genitricem crederet mox futuram. Facit enim hoc in electis gratia Dei, « ut eos nec humilitas faciat pusillanimes, nec magnanimitas arrogantes. » (CORN. A LAP. *Comm. in Luc.* 1, 46). — Hic ergo incipit Canticum B. Virginis, omnium sacræ Scripturæ canticorum, scilicet Mosis, Deborahæ, Annæ, Ezechiaë, trium puerorum, etc., præstantissimum, utpote divino Spiritu et exultatione plenissimum, ut a Verbo in utero Virginis jam concepto